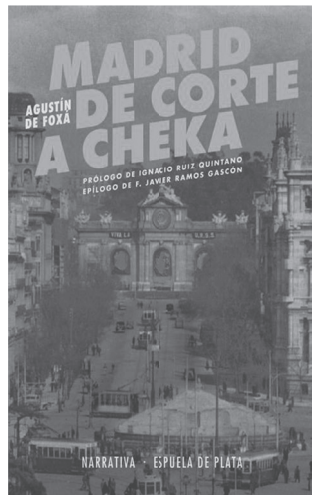
protagonista en un instante de reconocimiento.

Sin dejar de ser una autora fascinante, bien indica Rodrigo Guijarro Lasheras en su minucioso estudio introductorio que Rachilde no sortea la misoginia. Prueba de ello es que el joven «feminizado» por Raoule se presenta como pasivo, vulnerable, narcisista y dependiente de su «dueña». Sin embargo, leer en boca de la protagonista la afirmación «yo represento aquí la élite de las mujeres de nuestra época (...) todas nosotras deseamos lo imposible, tan mal nos amáis», sorprende una vez más y confiere fondo y complejidad a la escritura. Con toda certeza, *Monsieur Venus,* en la cuidada edición de KRK, es una perla rara de la literatura de nuevo en circulación para nuestra curiosidad y placer.

SARA TORRES



Agustín de Foxá

Madrid, de Corte a Cheka

Prólogo de Ignacio Ruiz Quintano. Epílogo de F. Javier Ramos Gascón

Renacimiento, Sevilla, 2016

La miseria de Madrid

Redactada a la mesa del *Novelty*, en Salamanca, casi sobre la marcha, la publicación en 1938 de esta novela fue un golpe de efecto y un éxito asegurado, hasta el extremo de que se reeditará pocos meses después. La intención de Foxá era continuar esos episodios nacionales propios, más en la línea del *Ruedo Ibérico* de Valle que del propio Galdós, y parece ser que tenía en mente otro capítulo, *Salamanca, Cuartel General*, que no llegó a desarrollar.

Este primer tomo, por su parte, se subdivide en tres apartados, dedicados respectivamente a la monarquía (*Flor de Lis*), a la república (*Himno de Riego*) y al levantamiento de Madrid (*Hoz y martillo*). Y digo levantamiento porque la guerra civil no aparece realmente hasta el final de la obra, y como algo lejano, que repercute directamente en los sucesos de Madrid, donde el caos rojo es total. A este respecto, los episodios dedicados al asedio del Alcázar de Toledo son especialmente ilustrativos, con los soldados llevando a sus novias al frente para que disparen sobre los sitiados como divertimento.

La valoración que se puede hacer de la obra es bastante distinta según encaremos uno y otros apartados, pues si en el primero el tono claramente expresionista y preciosista, cuidado hasta los más mínimos detalles, recuerda tanto a Valle o incluso a un Paul Morand, dicho registro se irá apagando en pro del contenido más folletinesco y sentimental y del evidentemente político. Sobre ese registro afirmará Jose-Carlos Mainer: «[Aprendido del *Ruedo Ibérico*], sabe disgregar la acción en escenas eficaces y cada una de estas en frases casi nominales que evocan certeramente un clima físico, una expresión caracterizadora de un personaje, una noticia de historia menor que pone en pie un ambiente. Su arte es el del contraste, obtenido en virtud de una disposición muy fluida que alterna los episodios más significativos en oposiciones afortunadas», como la *sanjurjada* y el libro *La voz en brisa*, publicado en la imprenta de Altolaguirre; o el mitin de Primo de Rivera y la presentación de *L'Âged'or* de Buñuel, o el contraste entre los dejes homosexuales de Lorca y la camaradería viril de la Falange.

La ideología del autor impregna tan profundamente las páginas de esta obra que el estilo se supedita a ella. Así, de la neonata república dirá: «Todos veían en la República un botín cuantioso. Se repartían mentalmente los cargos […] Mientras tanto el pueblo, el pueblo que no iba a ganar nada con todo aquello, que volvería pasadas veinticuatro horas al fogón nocturno y a la harina de madrugada, gritaba en la claridad de la Plaza de Oriente «¡Viva la República!» exponiéndose a los máuseres de los Guardias civiles y de los soldados de Infantería de Palacio. […] Era el símbolo de los mediocres en la hora gloriosa de la revancha. Un mundo gris y rencoroso de pedagogos y funcionarios de correos, de abogadetes y tertulianos mal vestidos, triunfaban con su exaltación. Era el vengador de los cocidos modestos y los pisos de cuarenta duros de los Gutiérrez y González anónimos, cargados de hijos y de envidia, paseando con sus mujeres gordas por el Parque del Oeste, de los boticarios que hablan de la Humanidad con h mayúscula, de los cafés lóbregos, de los archivos sin luz, de los opositores sin novia, de los fracasados, de los jefes de negociado veraneantes en Cercedilla, de todo un mundo sin paisaje

ni *sport,* que olía a brasero, a `Heraldo de Madrid´ y a contrato de inquilinato». Como afirma Mainer, «todo es ideológicamente compacto y homogéneo porque no apela a otro resorte moral que el de la adhesión o el rechazo». A la manera de los *Episodios Nacionales*, donde la ficción se entrecruza con los nombres más significativos del momento, también en la obra José Félix Carrillo, en su aventura amorosa tras Pilar Rivero, se entrecruzará con ls más granado de las sociedad de la época, lo que da ocasión al autor para ofrecernos frescos vivísimos de múltiples ambientes, desde la redacción del *Cara al Sol* hasta tertulias con Lorca o encuentros con Alberti: «Rafael se entonó.

Un fantasma recorre Europa
El mundo
Nosotros le llamamos camarada.
[…]

Resultaba un mal poeta, cantando al cemento, las turbinas, el canal de Kiel o el plan quinquenal. Buscaba entre aquellos hierros y aquella nieve, las naranjas de Crimea y los osos blancos del Báltico entre las centrales eléctricas.

María Teresa León tenía ese espíritu revolucionario de las niñas románticas educadas entre monjas y que quieren vivir su vida».

En este peculiar *Bildungsroman*, el protagonista, *alter ego* del propio Foxá, partirá de unos devaneos revolucionarios con el FUE, lo que provocará su expulsión de la casa paterna, a la decepción ante una república chabacana y vulgar y su posterior fascinación por la Falange. Y precisamente serán personajes amigos de ese pasado revolucionario quienes, desde el bando rojo, conseguirán salvarle el pellejo, como ocurre con Vicente Arellano, antiguo camarada republicano, junto con la espía rusa que había conocido en Biarritz y con la que había apurado hasta las heces el decadentismo de esos años, tras el fracaso de su primer intento de huida con Pilar Rivero, arrepentida esta por su amor maternal.
Uno de los aspectos más polémicos de la obra afecta a su moralidad. Se ha acusado a Foxá de elitista y de ofrecer una versión sesgada del conflicto, pero a estas alturas hay que saber leer al margen de ideologías. No obstante, ese clasismo afecta negativamente a la creación de los personajes y a la ambientación, desvirtuando la confianza en un narrador que no parece ver más allá del aspecto externo de algunos personajes. Se ha defendido que tales descripciones responden a una estética esperpéntica, pero para cualquier lector con un mínimo de competencia los siguientes fragmentos resultan poco afortunados: «Pasan masas ya revueltas; mujerzuelas feas, jorobadas, con lazos rojos en las greñas, niños anémicos y sucios, gitanos, cojos, negros de los cabarets, rizosos estudiantes mal alimentados, obreros de mirada estúpida, poceros, maestritos amargados y biliosos. Toda la hez de los fracasos, los torpes, los enfermos, los feos, el mundo inferior y terrible, removido por aquellas banderas siniestras». O ese otro: «Era el gran día de la revancha, de los débiles contra los fuertes, de los enfermos contra los sanos, de los brutos contra los listos. Porque odiaban toda superioridad. En las «Chekas» triunfaban los jorobados, los bizcos, los raquíticos y las mujerzuelas sin amor, de pechos flácidos, que jamás tuvieron la hermosura de un cuerpo joven en los brazos».

Es más, llega a justificar una superioridad basada apenas en la clase social, y no en las aptitudes: «Los había dominado. Contempló sus fusiles ya inservibles —hierro y madera— entre sus manos. Con su vencimiento, les salía a ellos su humildad ancestral. Se sentían lo que eran, otra vez albañiles y fontaneros, en la casa del señorito. Era el triunfo de la inteligencia sobre la fuerza bruta».

Bien es cierto que la crítica y la mordacidad no se reduce al bando republicano, y los palos se distribuyen por igual a diestra y siniestra: «En Roma podían escuchar de pie la Marcha Real (perseguida en Madrid hasta en los discos de gramófono) y hartarse de dar vivas al rey, sin miedo a las multas. Entre ellos se mezclaban gentes de la clase media, niñas modestas, hijas de funcionarios, que jamás habían pisado Palacio ni conocido a las infantas en la época de la Monarquía y que ahora buscaban una patente de aristocracia que utilizaban en el Club de Campo o en Puerta de Hierro, suspirando con falsa nostalgia».

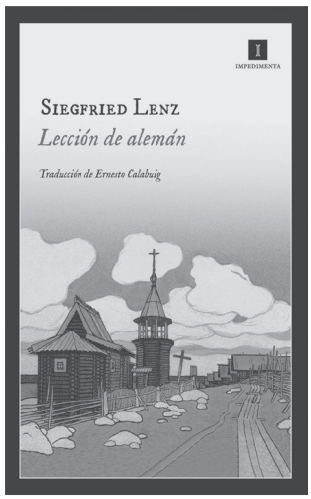
Se trata, en suma, de una personalísima visión de los hechos, en parte muy real y fidedigna, pero filtrada por una personalidad agudísima, viva, crítica y revulsiva, y que al redactar, a la par de los hechos se deja llevar por el apasionamiento falangista: «Primo de Rivera. Era un muchacho joven, guapo, agradable. Tenía una voz un poco nasal y exponía las ideas con justeza jurídica. Usaba metáforas brillantes. Se notaba en él cierta timidez y pudor, ante los grandes espectáculos […] Decía que romper las urnas era su más noble destino, que la Patria era una unidad de destino en lo universal y que por defenderla había que emplear la dialéctica de las pistolas, que los pueblos eran movidos por poetas. Añadía que era candidato sin fe ni respeto».

Ni él mismo podía imaginar el ostracismo en el que el nuevo régimen iba a colocar a sus queridos correligionarios.

Siempre se agradecen las reediciones de obras fundamentales, y más cuando se hallan agotadas, pero la presente edición deja mucho que desear: por lo general, no se distinguen convenientemente (con salto de línea) las conversaciones y las intervenciones narrativas, se abren comillas que no se cierran, se colocan mayúsculas tras los puntos de las abreviaturas o siglas... Numerosos defectos que

dificultan la lectura y que una editorial como Renacimiento no debería haberse permitido, y que se hubieran solventado con una simple relectura.

ÁNGEL ALONSO



Siegfried Lenz

Lección de alemán

Impedimenta, Madrid, 2016

En cumplimiento del deber

Siegfried Lenz (Elk, 1926; Hamburgo, 2014), ha sido uno de los escritores alemanes más importantes y fecundos de la segunda mitad del siglo xx: novelista, cuentista, ensayista, autor teatral… Contemporáneo de Günter Grass y Heinrich Boll, premiados ambos con el Nobel de literatura, participó con ellos en el Grupo 47, suma de escritores y críticos alemanes y austriacos que tenían por objetivo revitalizar la literatura alemana posterior a la II Guerra Mundial, y que cuestionaron abiertamente, tanto la «idealizada y poética ingenuidad de la prosa moderna», como la tendencia a escribir sobre un tiempo remoto en lugar del «aquí y ahora».

La editorial Impedimenta rescató del olvido a Siegfried Lenz con la publicación, a finales del año pasado, de *Lección de alemán,* probablemente la mejor de sus novelas (otras de sus joyas traducidas al español son *Minuto de silencio, El barco faro* o *El teatro de la vida*). Escrita en 1968, ha sido traducida por Ernesto Calabuig, que la ha calificado como «absolutamente esencial y hermosa».

Lección de alemán es la historia, narrada en primera persona, de Siggi Lepsen, su principal protagonista. Recluido en un centro para jóvenes inadaptados, es condenado —o premiado, según se mire— a escribir una redacción cuyo tema le es dado: «Cada uno puede escribir lo que quiera. Lo importante es que trate de las alegrías del deber». Y de ahí la novela, que transcurre en el siguiente contexto: Hitler ha llegado al poder e impone un control férreo sobre todas las manifestaciones artísticas y culturales que denuncien, o eso pretendan, lo que está ocurriendo. Y denunciar es uno de los cometidos del pintor Max Ludwig Nansen: «Porque si algo podía considerase digno de ser expresado en este mundo, en primer lugar, es el horror». Un horror que todos ignoran, o disimulan ignorar, y por eso la condena de unos cuadros que reflejan: «¡Esas caras verdes, esos ojos mongólicos, esos cuerpos con cicatrices, tanto extranjero! ¡Solo pinta cosas enfermas! Jamás se le ha ocurrido pintar un rostro alemán», como apunta la madre del pequeño Siggi, que también prefiere formar parte de ese «ensayo sobre la ceguera» (Saramago *dixit*). Pero como recuerda el Nansen de la novela, que perfectamente podría ser la «encarnación» del pintor Emil Nolde (que empezó acercándose a la ideología nacionalsocialista para terminar oponiéndose a ella, consecuencia de lo cual sus cuadros fueron prohibidos y retirados de museos y exposiciones): «Estos locos…, como si no supieran que es imposible prohibir pintar a alguien… Ningún gobierno ha conseguido jamás librarse de los pintores. Ni siquiera exiliándolos o cegándolos a la fuerza… Cuando les cortaron las manos, los artistas utilizaron sus manos para pintar. Estos locos…, como si no supiesen que existen también cuadros invisibles». ¿Y a quién toca hacer de malo? A Jens Ole Jepsen, el padre de Siggi, que, de profesión policía, recibe una carta de Berlín en la que le ordenan que Max Ludwig Nansen, su vecino y amigo, deje de pintar. ¿Hasta dónde es capaz de llegar el policía del puesto de Glüserup para ejecutar la orden? ¿Hasta dónde llegar en cumplimiento de su deber? Solo decir que es Siggi el que se la juega poniendo a buen recaudo, salvar de la hoguera, los cuadros de Nansen.

¡Una delicia! La trama, el colorido de los paisajes, la descripción de los personajes, el humo de la pipa de Nansen, ese ir y venir, pasado y presente, a la celda de Siggi, las descripciones costumbristas, la humanidad del que yerra, cae y se levanta…, todo ello, y más, hace que *Lección de alemán* sea una novela que no pueden dejar escapar.

JUAN PABLO LÓPEZ TORRILLAS